

Tres fantasmas, un espectro: la maternidad disidente en *Ecos de Atenea Cruz*

Tanya Tequida Castillo & Gabriel Osuna Osuna

(Universidad de Sonora, México)¹

Resumen: La regulación del imaginario de la maternidad es una práctica discursiva y, por ende, la transgresión a este puede darse desde los actos de habla, elocución y enunciación. En *Ecos de Atenea Cruz* se explora tal constructo por medio de un juego de voces que configura a tres personajes que no se ajustan al ideal de la mujer-madre, de lo cual derivan sus vivencias ambivalentes. Los personajes femeninos no poseen una conciencia de género derivada de una agenda ideológica identificada. Sin embargo, encarnan los atributos de una maternidad trastornada y no elegida de manera consciente, cuyos actos y palabras desafían los códigos sociales y culturales. Por tanto, lejos de presentarse como un discurso de denuncia, se profundiza en las subjetividades de los personajes, cuyas existencias se entrelazan más allá de lo genético conformando un espectro de disidencia materna que abarca desde la negación discursiva de la maternidad hasta el filicidio. Así, los actos violentos dejan huella en una memoria familiar que será parte fundamental para la constitución de las historias que conforman las subjetividades que aparecen representadas en la obra.

Palabras clave: Maternidad, Disidencia, Voces narrativas, Transgresión, Literatura mexicana.

Abstract: The imaginary of motherhood is a discursive practice, and its transgression can occur in speech acts, elocution and enunciation. *Atenea Cruz' Ecos* explores the social construct of maternity through of a game of voices configured into three characters. They resist to the ideal of the woman-mother, and their ambivalent experience

1. Tanya Tequida Castillo (tanyatequida@gmail.com). Licenciada en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Sonora (2014) y estudiante de la Maestría en Literatura Hispanoamericana en la misma institución. Ha impartido talleres académicos y literarios en distintos centros educativos y de reinserción social del estado de Sonora. Fue Delegada de la Red Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura (2013-2014) y Coordinadora del Décimo Foro Internacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura (2014). Ha impartido clases de Literatura y Filosofía en instituciones de educación media superior.

Gabriel Osuna Osuna (gabriel.osuna@unison.mx). Profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Letras y Lingüística de la Universidad de Sonora. Doctor en Literatura por la Arizona State University. Ha participado en congresos nacionales e internacionales de literatura y es miembro del Consejo Editorial de ConNotas. Revista de Crítica y Teoría Literarias. Sus áreas de interés son los estudios de literatura hispanoamericana contemporánea. Publicó los libros *Literatura e Historia en la novela mexicana de fin de siglo* (Madrid: Pliegos, 2008) y *La perspectiva de género en la literatura. Ensayos de narrativa mexicana contemporánea* (México: Pearson, 2016). Ha publicado artículos y capítulos de libros sobre la obra de Inés Arredondo, Víctor Hugo Rascón Banda, Carlos Montemayor, Guillermo Arreola y Nadia Villafuerte.

derive from this resistance. The female characters do not have a gender consciousness derived from an identified ideological agenda. However, they embody the attributes of an unconsciously and unstable chosen motherhood, whose actions and words transgress social and cultural codes and values. Therefore, far from being represented as a mere denouncing discourse, the complex idea of being a non-conventional mother penetrates the characters' subjectivities, whose existences are intertwined beyond their genetic heritage. The ways of representing a conflicted motherhood in the novel form a spectrum of dissident ideas ranged from the discursive denial of motherhood to filicide, leaving in the violent acts inside their stories a lasting mark in the family's memory. These aspects will be fundamental in the constitution of the stories, their characters and its subjectivities represented in the novel.

Keywords: Maternity, Dissidence, Narrative voices, Transgression, Mexican literature.

Recibido: 7 de octubre. Aceptado: 28 de octubre.

No parir. No engendrar. No ser vida, no ser fuente.
Ser la almohada que la ahogaba mientras dormía.
Recontraer las contracciones por las que ellos dos
nacieron. No parir. No parir, porque después de
que nacen, la maternidad es para siempre.

Brenda Navarro, *Casas vacías*.

Consideraciones previas

Si bien la figura de la madre ha sido representada en la literatura desde tiempos remotos, hasta mediados del siglo XX su configuración era relevante en tanto que valiera como justificación para las subjetividades del hijo, por lo regular protagonista masculino de las obras. El embarazo, el parto y la crianza como aspectos centrales son temas de reciente incorporación que surgen a la par del auge de la literatura escrita por mujeres y que ahora la crítica trata desde la perspectiva de género (Reyes 7). De esta forma, las manifestaciones literarias contemporáneas se vuelcan hacia la representación de historias locales y subjetivas, "así como un retorno de la ficcionalización y estetización frente a la erosión de las literaturas comprometidas" (Chaves, 118). Si bien los presentes temas no son exclusivos de la literatura reciente, sí llama la atención la manera como las agendas de la producción literaria contemporánea presentan una intensificación de los mismos en lo que respecta a su material narrativo. Por otra parte, en Hispanoamérica aún son pocos los estudios que analizan las representaciones de la maternidad disidente en los textos literarios, tema tratado de forma más amplia desde la sociología y la psicología.

Al respecto, Ricard señala que el feminismo, en su afán por deconstruir las estructuras ideológicas a través de las cuales se perpetua el ideal de maternidad y las prácticas reproductivas de las mujeres, contribuyó al giro en la representación de la figura materna tanto en la cultura como en la literatura (5). En este sentido, hablar de representaciones significa trabajar en el terreno de los imaginarios que, como apunta Palomar, permiten “reconocer el peso de ese otro lugar de producción de sentido que se diferencia de la realidad e incorporar el juego social de los fantasmas y el deseo” (16). Es así como en el terreno de lo literario es importante tomar en cuenta también sus representaciones y, por lo tanto, estudiar con detenimiento no solo el porqué de su presencia, sino además las formas escriturales y artísticas con las cuales han ido construyendo sus mundos posibles.

Por otra parte, los estudios que se realizan en torno al ideal de madre señalan que este constructo se asocia con la categoría de mujer, mas no con la de persona o humano. Esto resulta interesante pues es posible vislumbrar cómo en las manifestaciones literarias actuales en las que el cuestionamiento del ideal de madre toma un papel central, es una constante encontrar a personajes femeninos deshumanizados en tanto que toman atributos animales, o bien, se desmaterializan en voces fantasmagóricas.

Asimismo, es notorio que en las representaciones en torno a la transgresión de este imaginario poseen características bastante específicas en las que figura en primer lugar el padre ausente. Al respecto, Viveros señala que en la literatura mexicana “los hijos varones, en general, suelen no interactuar de manera directa al representarlos como hijos abortados o muertos a temprana edad [...]. Las hijas, por su parte, son representadas con matices que tienden más hacia la relación conflictiva al mostrar de manera clara y directa los celos, las envidias y la incomprensión entre madres e hijas” (174).

Como ejemplo de lo anterior se encuentran los textos que abordan el tema de la maternidad ambivalente o disidente y que, desde el realismo, lindan con las fronteras de la animalidad, como en el caso de *El matrimonio de los peces rojos* (2013) de Guadalupe Nettel y *Casas vacías* (2018), de Brenda Navarro, así como *Pájaros en la boca* (2008) de Samantha Schweblin, en el cual la hipérbole de tal animalización desemboca en escenarios que toman elementos de la literatura fantástica. De igual forma, aunque vinculadas al siglo anterior pero cuyo estudio es reciente, están las novelas que en el contexto de las dictaduras latinoamericanas recuperan las voces de ultratumba que dan cuenta de la experiencia de las madres activistas desaparecidas o asesinadas.

Siguiendo esta misma línea, en 2017 Atenea Cruz publica *Ecos*, novela en la cual la autora explora el espectro de la maternidad por medio de las voces de tres personajes cuya configuración no se ajusta al ideal de género de la mujer-madre, de donde derivan sus vivencias ambivalentes o negativas. Los personajes de Atenea Cruz no poseen una conciencia de género derivada de una agenda ideológica identificada. Sin embargo, cada

uno de ellos encarna los atributos de una maternidad trastornada y no elegida de manera consciente. Se trata de mujeres que con sus actos y palabras desafían las implicaciones sociales y culturales de la maternidad, a partir de cuyas voces no solo se construyen sus subjetividades, sino que también integran un *continuum*. En este sentido, resulta interesante analizar los discursos y las prácticas simbólicas de los personajes femeninos con el fin de explorar el espectro de la maternidad disidente. Para lo cual, en primer lugar, se hará una breve revisión de las consideraciones teóricas que giran en torno al imaginario de la maternidad para posteriormente analizar de qué manera se plantea en la obra.

Con el fin de dar orden al presente análisis es necesario esbozar, al menos de forma general, los aspectos teóricos que confluyen en torno al imaginario de la maternidad. Para esto, resulta interesante iniciar con el cuestionamiento que Palomar realiza respecto a las llamadas “malas madres”, el cual busca dilucidar los efectos subjetivos de la maternidad cuando las motivaciones para experimentarla no son del todo claras. Para la autora, “convertirse en madre sin cuestionar las razones [...] o las circunstancias en que una se convierte en madre, puede ser la fuente de catástrofes subjetivas muy serias -desde cuadros psicopatológicos severos hasta condiciones de vida miserables” (14), lo que implica un costo individual y social muy alto.

De esta forma, la falta de certeza sobre las motivaciones para ejercer la maternidad deviene en una inadecuación en su ejercicio, el cual se encuentra regulado por el imaginario construido en torno a este espectro. Para Ricard (5) tal imaginario se trata de un ideal universal en el que los cuerpos de las mujeres se “maternalizan” y despojan de todo rasgo o ejercicio que no se vincule a la crianza, sin distinción de clases sociales, pues se considera como un mandato biológico. Por su parte, y en el mismo tenor, Palomar señala que el constructo de la madre se configura como un ideal abstracto y generalizador, como una “gran matriz representacional” tomada como parámetro para distinguir entre una buena y una “mala madre” (16). Así, será el grado de cercanía (apego) o lejanía (disidencia) de este eje lo que determina si se trata de una u otra. Es indudable la manera como semejante conflicto de intereses, derivado de tal mandato, influye en las conceptualizaciones omnipresentes que determinan el constructo de la maternidad y su relación con la identidad y la subjetividad.

Asimismo, la figura de la “mala madre” constituye en sí misma un espectro de disidencia. Es decir, conforma una escala en la que en el extremo menos castigado socialmente se encuentra la negación discursiva de ser madre, pasando por el maltrato físico y psicológico, el abandono, el aborto hasta llegar al extremo de la disidencia total: el filicidio. De tal forma que la transgresión se puede dar en tres ámbitos: el moral, el de la salud y el legal (Palomar 19). Por ende, la teoría señala que la regulación del imaginario de la maternidad es una práctica discursiva y, como tal, la transgresión a este puede darse desde los actos de habla, elocución y enunciación.

Maternidades perturbadas: gestación de un crimen

Los hijos creen que las madres somos eternas.
Y sí. Nomás que después de muertas ya no les
resulta tan conveniente. (Cruz, 78)

Ecos, como su título lo sugiere, es una novela de voces. Una obra fragmentaria en la que a través del discurso de sus personajes es posible reconstruir la historia de tres generaciones de madres marcadas por el desorden mental, la insatisfacción y las violencias cotidianas. Se dice que por medio de la maternidad se deja de ser hija, pues la nueva madre se enfrenta a su propia formación y trata de no repetir patrones o rasgos de su progenitora que hayan generado un conflicto para la construcción de su identidad. Al respecto, De Barbieri, Malvido y Torres señalan que esta situación propicia un sentimiento de competencia y rivalidad con la madre: “Si es una madre con un conflicto sexual o con un conflicto en su propia identidad, la niña no va a encontrar la identificación con el cuerpo femenino” (75). Sin embargo, en la novela es visible que pese a la aversión hacia la figura materna que experimentan los personajes femeninos, estos se encuentran condenados a ser un reflejo de los traumas, carencias y manías de su progenitora a través de una especie de juego de espejos en el cual cada generación resulta más perturbada.

Si bien, la hipérbole de esa subjetividad trastornada se presenta en la figura de Celia Santana, protagonista del relato, su configuración forma parte de un *continuum*, de una tragedia en gestación cuyo origen se remonta a su abuela --de la cual no se presenta el nombre-- y que se desarrolla por medio de la relación con Epifania, su madre. En lo que respecta al personaje de la abuela, es posible conocerla hacia mitad de la novela a través de una voz que devela la divergencia de su maternidad, pues al tiempo que sus confesiones terminan siendo problemáticas, se encuentran matizadas por el deseo de protección: “Yo, por ejemplo, me quedé de este lado porque se me figuró que le iba a hacer un bien a Epifania manifestándole que su vida no llegaría a buen término si seguía de aferrada a hacer las cosas a su modo” (Cruz 66). De esta forma, se pone de manifiesto el deseo de imposición ante la voluntad de la hija, lo cual de forma irónica potencializa en Epifania la búsqueda de autonomía para construir su identidad a cualquier precio. Por tanto, al huir la hija, el ejercicio de poder de la abuela consistirá en la constante humillación por los fracasos de Epifania y la transmisión de una ansiedad higienista cuyo significado opera en dos sentidos. Por un lado, como una manía en la que se desfoga la frustración y, por otro, la limpieza como estatus de bienestar, como forma de ocultar la marginalidad y la corrupción moral: “Tu hija tiene lombrices, cochina, ¿crees que con remojarle el pelo y llenárselo de moños da el gatazo? Pues no, acuérdate de que la mugre

también se huele” (79). De esta forma, la abuela se asegura de implantar en su hija la idea de que la imposibilidad de su plenitud deriva de su desobediencia.

Asimismo, la abuela, en un afán de eximirse del sentimiento de culpa por el destino trágico de su descendencia, crea una narrativa por medio de la cual transfiere la responsabilidad, en primer lugar, al entorno del circo como el elemento corruptor de la moral y las buenas costumbres, el germen externo portador de la desgracia, y en segundo a su hija, por transmitir tal degradación a Celia:

Yo siempre supe que Celia iba a traer desgracias a la familia. Nada bueno puede venir de una criatura que nació y creció en una carpa, entre locos, sin una casa como Dios manda: con paredes de adobe y un fogón para enseñarle a hacer tortillas, en lugar de andar pegando de brincos en el aire como una changa, enseñando los calzones en cuanto pueblo pisaba. (74)

Sin embargo, pese a querer autoerigirse por medio de su discurso vindicador como un bastión moral para su familia a través de las demás voces que construyen al personaje de la abuela, es posible descubrir cómo es portadora de una patología desencadenada por la muerte de su primera hija e incrementada por la carencia de un rito de duelo apropiado que promueve su inestabilidad psicológica y le impide la realización personal:

La abuela no comía, no salía de su cuarto, dejó de regar las plantas y ocuparse de la casa. Dos años después nació la segunda hija, los del pueblo aseguraban que luego de aliviarse su mujer volvería a ser la de antes. Pero cuándo se ha visto que los niños curen la demencia. Mi abuela creyó que su primogénita había resucitado. (106)

Finalmente, la disidencia materna de este personaje se revela por completo al afirmar que su maternidad se trata en realidad de un castigo divino por causas desconocidas, terminando por disentir discursivamente de la maternidad: “Ojalá Epifania también se hubiera muerto a poquito de nacer. Me hubiera vuelto loca, pero al menos no traería el cargo de conciencia de haber echado al mundo a la madre de una asesina” (69). En este sentido, se puede afirmar que la maternidad de la abuela no solo es divergente, sino que también es disidente, pues transgrede los parámetros de piedad y sacrificio impuestos por el mandato tradicional del concepto.

Por su parte, Epifania se configura como el personaje más anulado de todos, siendo la única integrante de esta estirpe que ni siquiera se narra a sí misma, sino que se construye gracias a un narrador en tercera persona y los ecos de su madre y de Celia. En Epifania será precisamente la anulación la que rijan el desencanto de su vida. En primer lugar, se retrata el conflicto de jamás poseer un nombre propio, pues al nacer se le adjudica el de su hermana muerta para luego tomar el de su hija en un intento de trascender a través de su linaje: “Mi madre se llamaba Celia Santana como yo. Ella fue la que me robó el nombre [...] mamá me contó infinidad de veces por qué nos llamábamos así”

(105). Llama la atención la relación que se establece entre los motivos que generaron sus nombres y la ausencia de una voz, cuya conciencia estará restringida por el filtro de las demás voces que dan cuenta de su historia. Se trata de la representación de una conciencia velada, cuya percepción oblicua deriva de la ausencia de una enunciación directa.

De igual forma, la anulación de Epifania se patentó bajo el rigor de su madre, quien se opone a sus aspiraciones histriónicas. Sin embargo, la libertad contraída al escapar del seno materno desemboca nuevamente en una anulación, al ser marginada del espectáculo circense por carecer de aptitudes para ello: “Lo malo fue que su cuerpo no dio de sí: lo más cerca que estuvo de la pista fue cuando le tocó vender dulces y cigarros” (106) y ser condenada a la taquilla, pues “Ella había nacido para observar cómo los demás disfrutaban del espectáculo, mientras perforaba cientos, miles, millones de boletos. La mirada llena de agujeros que atestiguaban el deleite ajeno” (60). Humillación que se potencializa, a su vez, con la crítica constante de su madre por no conseguir su objetivo.

Asimismo, Epifania sufre al ser abandonada por el padre de su hija y, debido al peso de la carga cultural de semejante hecho, nulificada como mujer al no ser vista más como agente de deseo, generando en ella sentimientos contradictorios:

su madre la tironeaba del brazo, le preguntaba con morbosa ira cómo, cuándo, dónde; la llenaba de insultos, hablaba de traición y abandono como si fueran una misma palabra. Celia se limitaba a sonreír, como diciendo: A mi cuerpo va a entrar quien se me antoje, cuando me dé la gana. Entonces ni medio frasco de chochos para la presión arterial neutralizaban el veneno que recorría los muslos maternos, celosos, ignorados por cada hombre en el mundo. (89)

De esta manera, al igual que su madre, termina por proyectar sus traumas, anhelos y frustraciones en su hija, por tanto, su maternidad resulta también ambivalente. Su deseo de protección deviene en castración, motivada tanto por la envidia como por el miedo de que su hija tenga un destino similar al suyo, pues “Epifania notaba aquella tristeza, los inconfundibles rastros del sufrimiento sofocado que ella misma había experimentado en el pasado” (64). En este sentido, el escape de Celia implica la muerte por ira de Epifania, quien al verse sola se descubre impotente ante lo único sobre lo que creía tener control en la vida y ve perdidas sus esperanzas de realización encarnadas en su hija. Sin embargo, su influencia logra atravesar las barreras de la muerte, al dejar como venganza la semilla de una existencia trastornada.

Filicidio: hipérbole de la subjetividad trastornada

Después de poner sobre la mesa el caldo de cultivo para la tragedia, resulta interesante ahondar en la configuración de Celia. Es en este personaje en el que se presenta de manera exacerbada la transgresión al ideal de madre, ubicándose en el extremo de la disidencia, desembocando en el aborto, el filicidio y el suicidio. Desde un inicio Celia

manifiesta una conciencia de sí misma mucho mayor a la de sus antecesoras: “Me llamo Celia Santana y mi mayor talento es mortificar al único hombre que de verdad me quiso. Es mi venganza” (14). Al tiempo que se asume como producto de sus ancestros, pues se autodefine como “...mi propia versión de lo que mi madre me enseñó a lo largo de los días que pasamos juntas” (14). Sin embargo, ella también da indicios de ciertas patologías cuyos orígenes apuntan tanto a su formación familiar como al suceso traumático y la decepción amorosa que sufre al descubrir la homosexualidad de su infiel amante, Luis. Lo anterior se adereza con la venganza de este último, quien roba el caballo de Celia, dejándola sin acto circense, “Inútil. Vacía” (91) e irónicamente embarazada. Por tanto, ella busca huir de ese entorno que ya no tiene nada que ofrecerle, escapando con Raúl, “su pase urgente a la libertad” (89) y hacia quien no siente ningún tipo de afecto.

Es en este contexto en el que se presenta la primera disidencia materna de Celia, quien después de contraer matrimonio con Raúl decide abortar al hijo producto de su relación previa. Esta acción resulta motivada por el odio hacia Luis, pues si bien Celia se asume como una mujer que no pertenece a su casa -leyéndose de forma literal como su crianza en el circo y en el sentido figurado de no ceñirse al imaginario de lo que implica ser mujer- en un inicio existía en ella el deseo y el morbo por procrear a los hijos del enano. Sin embargo, a partir de la traición antes señalada, será el resentimiento lo que motivará todas las acciones de la protagonista y no solo aquellas relacionadas con su madre: “Celia, que había estado segura de que nada iba a superar el rencor que sentía hacia una madre asfixiante [...] odió a los hombres porque la abandonaron desde antes de su nacimiento, porque sabía que nunca veían su número con verdadera atención” (90). Los propios actos de abandono han terminado por reificar su ser y, por ende, mermado la satisfacción y autovaloración de su talento.

De esta forma, Celia se apropia del miedo al abandono transmitido por su madre y comienza a verse reflejada de manera constante en ella, al punto de generar una animadversión hacia los espejos. Es en estos objetos donde descubre la imposibilidad de una identidad autónoma, es en ellos donde se materializa una historia de insatisfacción que no concluye con la muerte.

Mamá cree que no me he dado cuenta. Pero hace mucho que la descubrí. Sabe bien que no puedo escapar de mi reflejo [...] Ya está aquí de nuevo. Brinca con su boca de víbora abierta. Se vuelve el eco de mis movimientos. Me repite. Ya no sé bien si soy yo o es ella la que me observa desde el espejo. Escarbando dentro mío. Buscando. Buscando. (56)

En este sentido, cabe mencionar lo señalado por De Barbieri, Malvido y Torres, quienes afirman que el acceso al lugar de la madre, cuando se ha tenido una figura materna problemática, se materializa en una imagen terrorífica que puede devenir en sadismo contra los propios hijos. Asimismo, las autoras agregan que “el hijo representa el que la

puede devorar, limitar, chupar todo lo que ella tiene. El hijo se instituye de entrada como el demandante y se convierte inconscientemente en el ‘asesino’ de ella. La limita. La mutila” (76-77). Esta misma preocupación es manifestada por Celia, quien tras el breve periodo de esperanza que representa su segundo embarazo, la ve perdida ante el nacimiento de un hijo deforme, que se le figura una materialización monstruosa del castigo divino al que está condenada por su primera disidencia y lo convierte en el motivo central de su desasosiego:

Me embarazó para que mi cuerpo ignorara mi voluntad y se rindiera a un hambre tan violenta que me controlaba. Estoy segura también de que Bruno nunca me quiso: me transformó en un pedazo de carne fofa, me recluyó en la cama, me sorprendía con sangre a media ducha, parecía decirme “Aquí estuvo mi hermano, con tu sangre voy a limpiar la suya”. (Cruz 26)

Así también, a las voces maternas que la atormentan se le suma el llanto del hijo, que más allá de presentarse en el texto como un acto recurrente, se convierte en una atmósfera que envuelve la casa de Celia y se confunde con su propio llanto. Por lo cual, si Celia aspira a alguna especie de felicidad, una tregua para el descanso, esta tendrá que ser el silencio: “Una noche soñé que lo asesinaba. Fue la primera vez en varias semanas que desperté sin rastro de cansancio, tranquila” (26). Por tanto, es a causa de esta búsqueda que terminará por asesinar al ser que se formó en su seno y le devoró las entrañas, para posteriormente suicidarse.

Finalmente, tanto Celia como su madre y abuela se ven condenadas al eterno eco de sus voces, a la negación de “la única felicidad posible”: el silencio, pues ni la muerte resulta absoluta para ellas. “Cuando supe que murió creí que por fin íbamos a dejar de padecernos la una a la otra. Qué imbécil fui: eso la dejó completamente libre para perseguirme” (14).

Conclusiones

Con base en el análisis de la novela, se puede apreciar que los personajes femeninos de *Ecos* poseen un tipo de socialización y se encuentran insertos en un contexto histórico que no les permite cuestionarse las razones ni las circunstancias por las cuales se convierten en madres. Sin embargo, las formas en las que ellas ejercen su maternidad no se ciñen al ideal social y cultural establecido. Por el contrario, resultan problemáticas y representan costos tanto individuales –insatisfacción, imposibilidad de realización personal, asedio– como sociales, –la transmisión de manías y fobias, marginación, imposibilidad de establecer relaciones sanas y el asesinato.

Por lo tanto, la novela de Atenea Cruz, lejos de presentarse como un discurso que denuncia el ideal y la imposición de la maternidad, profundiza en las subjetividades de Epifania, Celia y su abuela, cuyas existencias atormentadas se entrelazan más allá de lo genético para conformar un espectro más amplio: el de la maternidad disidente. Mientras que la ambivalencia materna de Epifania y su madre no vulnera el campo de lo legal, sus

actos y discursos sí resultan transgresores en tanto que no se ajustan al ideal moral y mucho menos al de la salud, lo cual se hace patente en la forma en la que ambos personajes evidencian deseos innombrables y ejecutan su venganza valiéndose de la castración y la desestabilización psicológica de su estirpe. Es esta misma divergencia la que funge como caldo de cultivo para que Celia figure como la hipérbole de la subjetividad trastornada al grado de la disidencia materna al llevar a cabo un aborto, cometer filicidio y, finalmente, suicidarse, teniendo así una injerencia en el orden jurídico, que problematiza aún más su existencia y su relación conflictiva con el mundo. Es así como Atenea Cruz escarba en las raíces del desorden mental y las violencias cotidianas por medio de un juego de voces y estructuras fragmentadas que permiten explorar las diversas posibilidades de un mismo fenómeno. Así, los actos violentos dejan huella en una memoria que será parte fundamental en la constitución de las historias que conforman las subjetividades que aparecen representadas en la literatura contemporánea. La maternidad disidente será entonces uno de los elementos por seguir explorando en estas narrativas y sus representaciones artísticas en la literatura, que dan cuenta de la gran complejidad de la conciencia.

Bibliografía citada

- Chaves, Mauricio. "Representaciones de la figura materna en la literatura centroamericana y coreana contemporánea: *Por favor cuida de mamá* (2008) de Kyung-Sook Shin y *Larga noche hacia mi madre* (2013) de Carlos Cortés." *Chakana. Revista Internacional de Estudios Coreanos*, n° 2, 2018, pp. 117-30.
- Cruz, Atenea. *Ecos*. México, Tierra Adentro, 2017.
- De Barbieri, Teresita, et al. "El filicidio: Tema que horroriza." *Debate Feminista*, n° 6, 1992, pp. 71-83.
- Palomar, Cristina. "Malas madres: la construcción social de la maternidad." *Debate Feminista*, volumen 30, n° 2, 2004, pp. 12-34.
- Reyes, María. "La representación de la maternidad en la literatura italiana: el caso de Juana I, Semíramis y Erzsebet Bathory." *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, n° 32, 2017, pp. 1-16.
- Ricard, Patricia. "Modelos de madre contrahegemónicos: Análisis de la representación de la maternidad en la escritura a partir de *Aparecida*, de Marta Dillon." *Descentrada. Revista interdisciplinaria de feminismos y género*, volumen 1, n° 2, 2017, pp. 1-8.
- Vivero, Cándida. "De madres, hijos y otras cuestiones afectivas: comentarios crítico-analíticos a las temáticas recurrentes en las narradoras mexicanas nacidas a partir de 1970." *La ventana. Revista de Estudios de Género*, vol. 4, n° 35, 2012, pp. 164-81.